

## SE ESTÁN CAYENDO LAS NUBES. Osmaga

-¡¡¡¡Está nevando!!! ¡¡¡¡Mamá, está nevando!!!!

La emoción de Miguel, al ver el manto blanco que se apreciaba desde la ventana de su cuarto era contagiosa.

-¡¡¡Mamá, mamá!! ¡¡Que se están cayendo las nubes!!!

Esa mañana no había cumplido con su ritual, el de acudir, al sonido del despertador, rápido, con sus pequeños y ágiles pies, pim, pim, pim, a nuestro cuarto. Entonces, dice: “Hola, mi reina”, y se mete en nuestra cama. Se entierra por debajo del edredón hasta buscar mi tripa y, sobre ella, calentito, se queda quieto un rato. “Soy un bebé y estoy en tu tripita”, dice. Le gusta hacer que tiene menos de sus cinco años y por eso lo dice con voz de pequeño. Le encanta imaginarse que está en mi tripa, todavía sin saber, creo, que nunca ha estado en ella. O quizá sí lo sabe y por eso le gusta imaginarse una situación que nunca ha sido y que le hubiera gustado que hubiera existido. Llegará un día en que se dará cuenta de que estuvo en una tripa y de que no era en la mía.

Después, sale del calor del edredón. Lo hace seguro de sí mismo, como si hubiera confirmado, nuevamente, su origen, y me colma otra vez de besos y me repite: “Mi reina”.

Ese día, al ver nevar, se quedó pegado a la ventana, viendo, como él decía, caerse las nubes. Igual de quieta me quedé un día al dejarle en el colegio. Me había vuelto a pasar. Allí estaba yo, sin moverme, mirando cómo Miguel se marchaba con sus compañeros hacia el polideportivo para su clase de educación física, con su chándal, que cada vez se lo veo más corto, algo que me produce gran ilusión, porque su crecimiento en altura es la metáfora del crecimiento de... ¡tantas cosas! Y allí estaba, entre todos, como uno más, aunque yo sé que no, que no es uno más. Le veía y le miraba, sin que él se diera cuenta, como espiándole. En su espalda, su bolsa de judo y una mochila, no perceptible para los demás, la mochila de su vida, de su historia. Una mochila que no llevan los otros niños, que no es como la que sirve para guardar la ropa de judo o los deberes escolares. Una mochila que pesa, y mucho. No se ve

desde fuera, pero yo la reconozco, privilegios de madre, y eso me emociona porque, aunque sólo sea ante mis ojos, esa mochila invisible le sitúa por delante de los otros, no detrás, aunque parezca lo contrario. Sus cinco años tan llenos de todo le hacen diferente del resto y, sin duda, le darán una visión distinta del mundo.

Allí estaba Miguel con los demás. Y me volvió a pasar. No nos inmunizamos, ¡menos mal! Lo empecé a notar en la tripa, luego subió hacia la garganta, la nariz, los ojos... y entonces las lágrimas comenzaron a caer, lentas, sabrosas, gustosas, silenciosas... Lágrimas no de tristeza, ¡qué va!, de orgullo, por él y por mí, de alegría, de satisfacción... No era la primera vez. Me pasó otro día, cuando le acompañé a su clase y le dejé sentadito, en un pupitre a su medida, contento, como un hombrecito responsable, esperando a recibir todo lo que le había negado la vida hasta entonces, esperando un futuro que ya era presente, confiando en su profesora, que le abriría las puertas a un mundo desconocido y precioso... ¡Todo tan diferente a lo que había dejado atrás...! Tenía que irme y lo hice llena de lágrimas, como las del otro día, sabrosas, gustosas, silenciosas... No nos inmunizamos, menos mal, espero que me siga pasando.

Hace menos de un año, Miguel, a miles de kilómetros de distancia y de todo, miraba como lo hacía el resto de los cien niños que vivían con él en el hogar. Miraba sin mirar, con la tristeza incrustada en unos ojos que se quedaban, de repente, ausentes, vacíos, o llenos de nada; hace menos de un año, pedía a gritos unos padres. Hoy Miguel busca superarse día a día y le veo, orgullosa, de espaldas, caminar por el patio del cole, erguido, con la cabeza alta y más alto aún su amor propio; con un espíritu de superación inherente a un desarrollado instinto de supervivencia. Porque hace menos de un año, su falta de autoestima, de seguridad, de cariño, le pesaba tanto que le doblaba su cuerpecillo delgado y frágil hacia delante; hace menos de un año, Miguel clavaba la mirada en el suelo, una mirada que temblaba cuando la levantaba y que era incapaz de fijarla durante más de un segundo. Hoy, su cara se ha llenado de una sonrisa larga, amplia, que nace desde donde no se ve, de oreja a oreja, una sonrisa con la que se come el mundo, una sonrisa que me llena la vida, tanto como cuando le oigo decirme, mil veces al día, “mi reina” o “te doy mi corazón”.

Hace menos de un año, Miguel dormía hecho una bolita, acurrucado, como si no pudiera desprenderse del miedo con el que vivía de día, con el miedo silencioso a no saber qué ocurriría al día siguiente o, precisamente, con el miedo a saberlo. Hace menos de un año, dormía sin apenas moverse, sin casi deshacer la cama y se despertaba, al día siguiente, en la misma posición fetal, ya habitual en él.

Hoy, cuando le veo dormido, me quedo un rato largo mirándole, bien estirado, ocupando toda la cama, con los brazos detrás de la nuca, como si estuviera en la playa tomando el sol, o la vida, que para él ha comenzado hace menos de un año. Y le miro y no salgo de mi asombro al ver sus ojos cerrados, unos ojos que dejaba siempre algo abiertos, por si acaso, hace menos de un año...

-¡¡¡ Qué nieva!!! ¡¡¡Qué nieva!!!

Y volví a la ventana, a la blancura, del paisaje y de su inocencia. Miguel a sus cinco años nunca había visto nevar. En su país no nieva. Nosotros, en nuestro mundo, hemos experimentado todo tan pronto... que resulta difícil guardar el primer recuerdo de algo, ese impacto que nos produjo Ver, con mayúscula, por primera vez. ¿Qué pensaríamos la primera vez que vimos el mar o la nieve o el fuego o la cara de nuestra madre? No nos acordamos, porque son experiencias que las hemos ido asimilando poco a poco, hasta hacerlas nuestras, como si las tuviéramos desde siempre. Con los ojos de Miguel hemos tenido el privilegio de experimentar ver por primera vez... tantas cosas.. Una de las más importantes, sino la más, fue cuando conoció a los que serían sus papás, a nosotros. ¡Tanto tiempo esperando y allí estábamos, a su alcance, llegados de tan lejos y... para siempre! Todos vivimos con emoción ese primer encuentro. Allí estaba, nervioso, esperándonos, toda su cara era una sonrisa, y repetía una y otra vez: papá, mamá... Desde entonces ha vivido, y nosotros con él, muchas 'primeras veces' de otras cosas, a una edad más tardía que el resto de los niños. Como cuando vio nevar, por primera vez.

-Cuando nieva es que se están cayendo las nubes-. Lo dijo Miguel, a los seis meses de llegar a España. Yo no recuerdo la impresión que me produjo ver nevar, ni dónde estaba, ni con quién, ni cuándo... Pero cuándo le escuché a Miguel supe que, desde entonces, siempre que viera nevar pensaría que lo que ocurres es, sencillamente, que se están cayendo las nubes.